





Los hombres de la MÁSCARA:

El cine de

LUCHA LIBRE

Óscar Contreras

La incursión de la lucha libre en la pantalla, a mediados del siglo pasado, empezó como algo extravagante, y generó sus propios íconos, quienes resultan ídolos para algunos y personajes ridículos para otros. Aquellas cintas estrambóticas de héroes mexicanos como Santo o Blue Demon, quienes se enfrentaban a vampiros, momias o licántropos, son revisadas en este artículo.

atch as catch can (agárrate como puedas) o cachascán es una latinoamericanización lingüística y escénica de la lucha libre norteamericana y mexicana de sábado por la noche, de enorme popularidad entre las décadas de 1930 a 1960. La lucha libre es una suerte de

pantomima no deportiva, de entraña coliseística, pletórica en llaves y patadas voladoras, protagonizada por contrincantes indistintamente paladines del combate noble (“los técnicos”), cubiertos con máscaras y capas de satén metálico de colores iridiscentes; y sus

agresivos, desaforados, traicioneros y grotescos oponentes (“los rudos”), provistos de adminículos y malas artes.

Carlos Monsiváis en su libro *Los rituales del caos* caracteriza la lucha libre como “la mezcla exacta de tragedia clásica, circo, deporte olímpico,

comedia, teatro de variedad y catarsis laboral". En idéntico sentido, el semiólogo Roland Barthes define la lucha libre como el espectáculo del exceso, con la misma utilidad pública que el teatro antiguo. Una suerte de comedia humana donde no importa la simulación de las pasiones porque el público sabe encontrar sus múltiples encarnaciones en el *ring*. Y en las pantallas de cine, por cierto.

El cine clásico mexicano de la segunda mitad del siglo XX vivió intensamente de la lucha libre. Hizo muchísimo dinero con ella. No necesariamente registrando los combates en la arena sino construyendo ficciones abigarradas, folclóricas, involuntariamente cómicas, alrededor de luchadores enmascarados que rápidamente se ganaron el aprecio de la gente y poblaron el altar de héroes y mártires nacionales. El vigoroso cine mexicano que capitalizó a los cantantes rancheros, a las "mamberas" del teatro Blanquita y a los cómicos de las carpas de circo, terminó forjando una serie B latinoamericana, popular, de entraña juvenil y de culto. Entrecruzada con el género fantástico, en su variante de horror y fronterizo con el cine de intrigas de espionaje, al estilo de las películas de James Bond y el agente Flynt.

En sus días, personajes como Santo "el enmascarado de plata", Blue Demon y Huracán Ramírez desarrollaron performances en los entarimados de *catch* a la vez que roles protagónicos en historietas, fotonovelas, películas y series de televisión; con un poder de omnipresencia que haría palidecer de envidia a Superman y a Batman. Uno de los artífices de su éxito fue el dibujante y editor José Guadalupe Cruz, creador de la historieta *Santo, el enmascarado de plata* e impresa en el característico papel de color sepia. Cruz reconvirtió a los luchadores enmascarados en campeones de la justicia del Tercer Mundo, en la línea de los superhéroes que protagonizaban los cómics norteamericanos. De manera que cuando llegó el tiempo del "cine de luchadores" estos también se enfrentaron a psicópatas asesinos, a monstruos del espacio, a las momias de Guanajuato, a maléficas hechiceras, a gánsters internacionales, a despampanantes mujeres-vampiro o a científicos enloquecidos que querían conquistar el mundo. Y hasta al mismísimo cómico Capulina, nada menos. O contra todos a la vez.

Siempre buscando el triunfo de la ley y de la justicia.

La primera película de luchadores que la historiografía registra es *La bestia magnífica* (1952), melodrama del director y actor mexicano Chano Urueta, que protagonizaron Crox Alvarado, Wolf Ruvinskis y Miroslava. En 1952 se filmaron tres películas más sobre la lucha libre: *El luchador fenómeno*, una comedia de Fernando Cortés con Resortes; *Huracán Ramírez*, de Joselito Rodríguez, con David Silva en el papel del luchador enmascarado; y *El Enmascarado de Plata*, serie de episodios dirigida por René Cardona y escrita por Ramón Obón y José Guadalupe Cruz, que curiosamente no interpretó el verdadero Santo sino un luchador llamado "El médico asesino".

Enmascarado de plata

El anhelado debut cinematográfico de Santo ocurrió en 1958 con dos películas filmadas en Cuba y producidas por los hermanos Rodríguez: *Santo contra el cerebro del mal* y *Santo contra los hombres infernales*. A pesar de la inmensa popularidad del personaje, los productores aún no creían que pudiese convertirse en un imán de taquilla, por lo que la realización de ambas cintas denota un enorme descuido y grandes dosis de improvisación. Como mera curiosidad, corresponde señalar que el rodaje culminó un día antes de que Fidel Castro entrara en la ciudad de La Habana y declarase el triunfo de la Revolución Cubana.

Santo contra los zombies (1961) incorporó formalmente al Enmascarado de Plata al cine industrial mexicano. A partir de esa cinta, sus películas están llenas de aventuras en diversidad de escenarios. Pero no es sino hasta el año siguiente que Santo logra una inesperada internacionalización. La delirante cinta de horror *camp Santo vs. las mujeres vampiro* (1962), en la tradición del mejor cine gótico y de la serie B norteamericana, da el campanazo. Allí el popular luchador se enfrenta a esculturales vampiresas en medio de un castillo en ruinas, repleto de telarañas y con tumbas abiertas. Con la ayuda de sofisticadas herramientas—relojes intercomunicadores, videófonos futuristas y autos convertibles— Santo deviene en una especie de agente secreto enmascarado, siempre listo para luchar contra el mal.

Asimismo, Blue Demon y Huracán Ramírez sostenían una estrecha colaboración con la justicia. Su capacidad para analizar situaciones riesgosas, técnicamente complicadas aplicando la fuerza necesaria para sortear los peligros y la habilidad para utilizar artefactos de "alta tecnología", se vuelven su marca de estilo, siempre un paso más adelante que sus adversarios.

El personaje de Santo, luego de *Operación 67* y *El tesoro de Moctezuma* filmadas en color, simultáneamente en 1966 por René Cardona Jr., experimenta un ascenso social sorprendente: comienza a vivir en un departamento de lujo, dispone de un laboratorio ultramoderno, deja de lucir el torso desnudo o cubrirse con capas y viste sacos deportivos y chompas de cuello tortuga. Ni qué decir de su lujoso auto deportivo convertible que es un imán para las mujeres. Por si fuera poco, la voz del personaje de Blue Demon comenzó a doblarla el actor mexicano Víctor Alcocer (a cargo del doblaje de Telly Savalas en Kojak).

En sus aventuras por el mundo los luchadores estaban rodeados de bellas, esculturales y atrevidas mujeres. Algunas de las adversarias de Santo, por ejemplo, fueron Lorena Velásquez y Ofelia Montesco (*Santo vs. las mujeres vampiro*) o las inquietantes Maura Monti y Eva Norvind (*Santo contra la invasión de los marcianos*); otras, como Elizabeth Campbell de *Operación 67* o la no menos imponente Amadee Chabot de *El tesoro de Moctezuma*, eran sus *partenaires* o amantes de ocasión.

Solo para adultos

Actualmente, el subgénero es objeto de culto por el humor involuntario que se desprende en varias escenas o por los agregados *nudies* y *soft core* que atraen la atención de los aficionados. La monumental actriz Meche Carreño, por ejemplo, en *El barón Brákola* (1965) se desnuda completamente y esas escenas fueron consignadas exclusivamente en copias *for export* dirigidas al público adulto. Que conquistaron los mercados de España, Francia y Estados Unidos. La más popular de todas esas *nudies* fue *Santo en el tesoro de Drácula* (1968) conocida en el extranjero como *El vampiro y el sexo*. Mientras *Santo y la venganza de las*



▶ Santo y Blue Demon.

Santo, el enmascarado de plata, fue el luchador más popular del cine.



▶ Santo vs. las lobas.

mujeres vampiro ganaba seguidores en el continente americano, Europa, Medio Oriente (Líbano, Marruecos, Egipto y Turquía) y el Pacífico asiático, la fórmula podía replantearse y funcionar estupendamente bien con el público infantil (*Santo contra Capulina* [1968]).

Las tramas de los filmes de lucha libre oscilaron entre las intrigas policíacas de corte internacional –*Misión suicida* (1971), *Blue Demon destructor de espías* (1967), *Anónimo mortal* (1972) o *Santo en el misterio de la perla negra* (1974)– y las fantasías terroríficas –*Las momias de Guanajuato* (1970), *El mundo de los muertos* (1969), *Santo vs. la hija de Frankenstein* (1971), *Las bestias del terror* (1972) o *La venganza de La Llorona* (1974)–, que ocurrían en locaciones tan exóticas como Colombia, Ecuador, Puerto Rico, Haití y Estados Unidos. Y en 1973 el subgénero alumbró su primera gran producción: *Santo contra el Doctor Muerte*, filmada en España y considerada largamente la mejor. Para esta cinta, desarrollada en el siniestro mundo de los traficantes de arte, Santo contó con diez semanas de rodaje en lugar de las tradicionales tres o cuatro de sus producciones mexicanas.

A fines de los setenta y primeros años de la década de 1980 el cine de lucha libre entra en franca decadencia y es sustituido por otro subgénero más taquillero y, paradójicamente, menos rico: el cine fronterizo protagonizado por Mario Almada. El tiempo tampoco estaba de lado de los luchadores enmascarados, quienes ya frisaban los sesenta o setenta años. Tras la muerte de Santo, Blue Demon y Huracán Ramírez, sus hijos han tomado la posta en algunas cintas. Algunos arriesgados productores reviven a los antiguos superhéroes utilizando hologramas informáticos.

En un sentido u otro, el cine de lucha libre es un producto industrial latinoamericano al cien por ciento; y también verdadero cine *camp* de exportación, con momentos delirantes y efluvios de imaginación e ingenuidad que dan cuenta de una forma de hacer cine bajo circunstancias temporales y de producción determinadas. Verdadera síntesis de diversificación industrial, entretenimiento, folclore, urbanismo y modernidad. ◻